



## EL ÁRBOL DE ORO



Emilio y Ricardo eran dos niños de diez á once años, compañeros de colegio y unidos además por el tierno vínculo de la más dulce amistad. En la clase se les veía sentarse cerca el uno del otro; cuando salían del colegio iban asidos de la mano, y como sus casas estaban casi pared por medio, juntos llegaban hasta la puerta y esperaban con anhelo que les dieran un rato de asueto sus buenos padres para reunirse de nuevo, ya en la casa del uno ya en la del otro.

La ciudad en que vivían, de cuyo nombre siento no acordarme en este instante, era una población alegre y risueña, situada en una fértil campiña y rodeada por todas partes de bellos jardines y deliciosas huertas que daban á sus alrededores el aspecto más agradable y pintoresco.

Algunas veces, particularmente en la primavera, cuando los campos se visten de florecillas rústicas y las mariposas revolotean á los vivos rayos del sol, y entre las nacientes hojas de

los árboles triscan y cantan alegres los gilgueros y los colorines, acostumbraban los dos amiguitos á hacer alguna escapatoria al salir por la tarde del colegio, y salían á alguna arboleda á la orilla de la ciudad ó se escurrian bonitamente en alguno de los jardines de las inmediaciones, cuando encontraban sus puertas francas y no había algún mastín que sirviera de portero y cuyos gruñidos de mal humor les impusieran cierta prudente cautela. Por su supuesto que tenían buen cuidado de no entretenerse mucho tiempo en estas escursiones á hurtadillas para que sus padres no les riñeran por su tardanza. Deteníanse nada más que el tiempo suficiente para dar cuatro carreras por el prado, perseguir á alguna mariposa de aterciopeladas alas, ó buscar el escondido agujero en donde el grillo alegre entonaba su música monótona, en el cual trataban de sorprenderle para hacerle su prisionero.

En una de aquellas hermosas tardes

el profesor de matemáticas y geografía había despedido á sus discipulos casi una hora antes de la acostumbrada con motivo de ser su cumpleaños, y nuestros dos niños mas contentos con este asueto inesperado que si les hubieran comprado en su casa un traje nuevo, lanzáronse hácia el verde prado dando gritos de alegría y tirando á lo alto sus gorras. ¡Ahí es nada para un niño el encontrarse en una tarde apacible de primavera con una hora de huelga para poder jugar en el campo!

Emilio y Ricardo corrieron sin detenerse, sin reflexionar, hasta que fatigados por la velocidad de la carrera, se dejaron caer en la mullida yerba cerca de un grupo de corpulentos álamos. Desde allí, con la respiracion anhelante y las mejillas encendidas, respiraron el embalsamado ambiente de la tarde y contemplaron el pintoresco paisaje que á sus miradas se ofrecia con los bellos grupos de arboledas, las blancas tapias de las huertas y jardines, el sereno rio como una cinta de plata deslizándose á lo lejos por medio de los prados, los lindos palomares, los rebaños de cabras pasciendo en la falda de las lomas, todo ese cuadro encantador y variado que ofrece en una tarde de Mayo la coqueta naturaleza.

Despues que se hubieron recreado bien despacio en este espectáculo, levantáronse mas ágiles y mas alegres que antes y se dispusieron á continuar su paseo vespertino.

—¿A dónde quieres que vayamos? preguntó Ricardo á su compañero.

—A donde á tí te agrada, contestó Emilio, en no alejándonos mucho de la ciudad para poder volver á casa á buena hora, lo demás me es indiferente, pues por todos lados podemos cor-

rer, y por todas partes encontraremos florecillas, mariposas y lindos pájaros cantando entre las ramas.

—¿Quieres que vayamos á ver si podemos entrar en aquel hermoso jardin que se vé cerca de la orilla del rio, aquel que tiene una arboleda tan espesa y en medio aquel pabellon tan lindo pintado de tan hermosos colores?

—¡Ah! sí, ya le veo... y me parece que aquello blanco que se descubre cerca del pabellon ha de ser una hermosa fuente de piedra, pues veo brillar los surtidores de agua que arroja á lo alto. Pero me parece que está algo lejos y tardaremos mucho tiempo en ir y volver.

—No tengas cuidado, Emilio, en una carrera estamos allí.

Emilio que necesitaba pocas razones para convencerse, no resistió mas, y los dos niños corrieron alegremente en direccion del hermoso jardin. Llegaron allí y para colmo de ventura encontraron abierta la verja de hierro que le servia de entrada y asomando la cabeza oyeron el continuo murmullo de la infinidad de pajarillos que poblaban sus arboledas.

—¿Quieres que entremos, Ricardo? Me parece que nadie nos regañará si no hacemos alguna travesura, ni cortamos flores, ni tiramos pedradas á los árboles.

—Sí, ánimo y adelante, Emilio; el jardinero no ha de ser tan desconsiderado que nos regañe cuando vea que vamos con juicio y sin hacer daño.

Hechas estas reflexiones, pasaron adelante: nadie les opuso obstáculo, no encontraron ni un perro, ni un hortelano, todo parecia desierto. ¡Y qué hermoso era el jardin! Espesas y orde-

nadas arboledas de variados frutales, flores las más peregrinas y perfumadas en la más rica profusion, rosales inmensos, cenadores de yedra, fuentesecillas de mármol blanco lanzando caprichosamente azorados surtidores de agua argentina, pájaros del más bello plumaje saltando entre las ramas, naranjas doradas, amarillos limones, encarnados racimos de cerezas pendientes entre las verdes hojas; parecía aquello el paraíso.

Embebecidos avanzaban sin atreverse á hablar, caminando de sorpresa en sorpresa, y sin querer iban internándose más en el maravilloso jardín. De repente quedaron inmóviles de asombro, con las miradas fijas en el objeto más sorprendente que sus ojos vieran jamás. En el centro de una plazoleta á donde habían llegado, erguía el tronco, recto y liso como un baston, de un árbol hermosísimo de espeso ramaje, cuyo fin apenas se alcanzaba á ver, pero con la rara particularidad de que todas sus anchas hojas eran de oro tan delicadamente labradas y recortadas, tan brillantes, que casi quitaban la vista. Y en medio de aquella riquísima enramada descubriáanse pendientes de las ramas los frutos del árbol maravilloso que eran naranjas, al parecer, del oro más puro y brillante.

Mudos y estáticos quedaron los dos niños á la vista de aquel árbol prodigioso cuya existencia jamás hubieran sospechado, y tal fué su estupor y su admiración, que no vieron á una hermosa dama que salió de entre un bosquecillo y se dirigió hácia ellos, hasta que su voz dulcísima y cariñosa resonó á sus oídos, hablando de esta manera:

—¿Qué, mis hermosos niños, os encanta la belleza de ese árbol?

Entonces, casi avergonzados, se volvieron los dos amigos hácia la hermosa dama que los miraba sonriendo, y no acertaron á contestarle nada.

—Vamos, no os turbeis; ya veo que sois dos niños juiciosos y habeis entrado aquí sin causar daño alguno. Con la vista nada se ofende: recreaos todo lo que querais en ver el jardín y decidme, ¿qué os parece de ese árbol?

—¡Oh!.. muy hermoso, señora, contestó Ricardo, nunca vimos otro igual.

—Pues que tanto os gusta, voy á regalaros una de sus naranjas á cada uno, y probareis la más deliciosa fruta que hayais saboreado.

Entonces la hermosa dama, subiéndose en un banco de piedra, se empinó sobre las puntas de los pies, levantó el brazo cuanto pudo y de la rama más cercana cortó dos hermosas naranjas, una de las cuales dió á Emilio y á Ricardo la otra. Después los besó cariñosamente y los acompañó hasta la puerta del jardín, en donde los dejó diciendo:

—Andad, hijos míos, la tarde declina y es hora de que volvais á vuestra casa; no os entretengais en el camino, no sea que vuestras madres, viendo que tardais, estén intranquilas.

Alejáronse los dos niños camino de la ciudad y hasta que llegaron á su casa no dejaron un momento de hablar sobre tan estraña aventura, de ponderar las maravillas del magnífico jardín que habían visitado y de contemplar estasiados las hermosas naranjas de corteza de oro finísimo que les había regalado la dama desconocida.

—¿Qué haremos con estas bellísimas naranjas? preguntaba Emilio.

—¿Qué hemos de hacer? Aquella hermosa señora nos dijo que era la fruta más deliciosa del mundo y nos las ha dado para que las probemos. Debemos, pues, comérmolas, pues no nos habrá engañado. Llevarlas á casa no me parece bien, pues tendremos que contar cómo han llegado á nuestro poder y nuestros padres nos reñirán cuando sepan que sin su permiso nos hemos ido al campo.

—Creo que tienes razon, Ricardo, veamos, pues, á qué sabe esta fruta deliciosa y en todo caso guardaremos las cortezas que son tan hermosas.

No meditaron más. Las cortezas aunque de oro eran delgadas, y fácilmente se rompieron contra una piedra. Lo que habia dentro eran unos gajos muy parecidos á los de la naranja comun, pero de un gusto tan exquisito, de una dulzura tan delicada y de un sabor tan delicioso, que nuestros amigos despues de haberlas comido hasta se lamieron los dedos conque las habian partido. Emilio se guardó cuidadosamente en el bolsillo las cortezas de su naranja: Ricardo no solo guardó las cortezas, sino tambien los granos ó pepitas que tienen todas las frutas y sirven de semilla, que enterrada puede producir árboles de la misma especie.

Llegaron cada cual á su casa: Ricardo tenía en la suya un jardinito y su primer cuidado luego que hubo besado á su mamá, fué bajar al jardin. hacer en la tierra un hoyo, enterrar en él los granos de la maravillosa naranja, volver á cubrirlos de tierra y regarla despues con agua. Emilio, como no habia tenido aquel cuidado, aunque tambien tenia jardin, se escusó de hacer hoyo, de enterrar los granos y de tener que regar.

Pasaron bastantes dias; nuestros dos niños encontraron otra tarde ocasion de dar un paseo por los alrededores de la ciudad, y su primer cuidado fué volver al magnífico jardin donde habian visto entre otras maravillas el prodigioso árbol de oro. En vano fué, por más diligencias que hicieron no hallaron el bello jardin, ni siquiera indicios de él, lo cual los llenó de admiracion.

Ricardo no se habia olvidado de los granos que habia enterrado en su jardin y ningun dia dejaba de regar la tierra que los cubria. ¡Cuán grande fué su gozo y su satisfaccion cuando por último vió asomar á flor de tierra algunas hojitas doradas y luego brotar un tallo, que fué creciendo poco á poco vestido de las hermosas hojas de oro que cada dia eran más grandes!

Llevó á su amiguito Emilio al jardin, y le mostró lleno de alegría el magnífico tallo del árbol de oro que con sus asíduos cuidados iba creciendo y desarrollándose paulatinamente. Emilio quedó dulcemente sorprendido en un principio, y despues un sentimiento de pesar le asaltó.

—¡Ay! se dijo; si yo hubiera guardado como Ricardo los granos de mi naranja y los hubiera enterrado en el jardin, ahora poseeria como él esta preciosa planta.

Los padres de Ricardo, los amigos todos de la casa, llegaron á conocer la historia de aquel bello tallo de oro, y admiraban su rara hermosura. Ricardo á nadie cedió el honor de cuidar su arbolito, y á los pocos años éste, creciendo y desarrollándose con gran vigor, llegó á hacerse corpulento, fué el más bello adorno del jardin y dió á Ricardo el delicioso fruto de las naranjas de oro.

Emilio cada vez que contemplaba aquel árbol hermosísimo, suspiraba tristemente al considerar que sin su pereza y abandono él hubiera llegado á poseer otro igual, pues en su mano estuvo la preciosa semilla.

No olvidéis esta historia, queridos niños.

La ciencia es un bellissimo árbol que dá frutos de oro, los más ricos y

delicados. Si recogéis sus semillas en vuestra niñez, si las sembráis en vuestra alma, si las cultiváis de continuo como Ricardo, el árbol crecerá y se hará corpulento, y os dará sus preciosos dones. Si como Emilio os contentáis con saborear el delicioso fruto cuando le halláis á mano, y no os aprovecháis de sus semillas y las arrojáis al acaso, nunca podéis gozar de sus ricas dádivas.

PEDRO DOMINGO MONTES.

## QUITAR LOS POSTRES

(CUENTO)

La marquesa de Pinel tenía dos niñas, Pilar y Eugenia. Las dos blancas, rubias, sonrosadas, de ojos azules; más parecían inglesitas que sevillanas. Eran tan parecidas, que hasta el año de diferencia que Pilar llevaba á Eugenia, que tenía diez, apenas se advertía en la estatura de entrambas.

Merced á la excelente costumbre de la marquesa de enterarse siempre personalmente del comportamiento diario de sus hijas en las diferentes lecciones que les hacía dar, sabía por los mismos profesores si Pilar había repasado bien los ejercicios en el piano, si Eugenia se aplicaba en el estudio de la historia y del francés, si las labores de adorno las hacían con esmero, ó si andaban descuidadas en sus tareas de educación.

Eugenia rara vez sufría un castigo. Tal era su aplicación. Pilar, por el contrario, casi siempre se quedaba sin postres, uno de los castigos favoritos de la marquesa, que prohibía expresamente que partiese Eugenia con su hermana los que de extraordinario la daban el día que era sobresaliente en sus estudios.

Eugenia había adquirido la costumbre de regalar á una niña pobre de la vecindad, además de pedazos de pan, algunos de los manjares con que se premiaba su comportamiento, cuando al bajar al jardín de la casa se acercaba á las verjas del mismo á ver la gente que pasaba por los alrededores, bañados por el Guadalquivir.

Un día se hallaba Eugenia en cama con un fuerte dolor de cabeza, y temiendo que fuera el principio de algún mal de esos que se transmiten tan fácilmente de un niño á otro, hicieron sus papás estuviere Pilar en el jardín, estudiando un rato, jugando otro, gran parte del día.

Llegó la pobrecita á quien socorría Eugenia á la verja, y tomando por su bienhechora á Pilar, le dijo si no le daba nada aquella tarde.

Admirada Pilar respondió que nó, ignorante de la costumbre de su hermana.

—Tengo hambre, señorita; dijo la pobre, y como ayer fué domingo no pude venir porque estaba pidiendo á la puerta de la iglesia del Salvador

sin sacar mas que para la cena; no tenemos hoy que comer mi madrecita ni yo.

—Te daré, dijo Pilar, de lo que haya en la cocina; pero yo no te he dado limosna ningun dia.

—Sí, señorita, añadió la pobre.

—Vamos, si lo sabré yo, repuso Pilar.

—Señorita, vaya que hoy me hace usted padecer. ¿Conque no me dó el sábado pan y fruta? ¡Vaya! Y estaba usted tan linda con un vestido azul.

—¡Ah! si era mi hermana, dijo Pilar, recordando que esta llevó vestido de aquel color.

Entonces la pobrecita le refirió sus penas, las de su madre enferma, que Eugenia la socorria diariamente con

sus postres y algunas veces con cuartos, y Pilar, comprendiendo la diferencia del comportamiento de su hermana y del suyo, no solo socorrió aquel dia á la pobre niña Lolita, que así se llamaba, sino que habiéndoselo contado todo á la marquesa, dió esta orden para que fuese socorrida diariamente con el sobrante de la comida de la casa la pobre protegida de Eugenia; y á contar desde aquella tarde, impresionada Pilar, se corrigió, se aplicó y fué ya digna hermana de la bondadosa Eugenia, con quien compitió en hacer limosnas y actos caritativos.

Escusado es decir que ya no le volvieron á quitar los postres.

E. DE CGRTÁZAR.

## LAS ÚLTIMAS VÍCTIMAS DEL DILUVIO



Doña Paula Mejía,  
madre amante sin par de hijo excelente,  
preguntó á su dulcísimo Vicente:

—Cuando el señor severo  
envió su diluvio, ¿quién sería  
quien pereció el postrero?

Dime de pronto lo que mas te cuadre.

Sin vacilar Vicente, al punto dijo:

—El último valor fué el de una madre;  
fué la postrera víctima su hijo:  
solo al faltar su amor santo y profundo,  
se completó la pérdida del mundo.

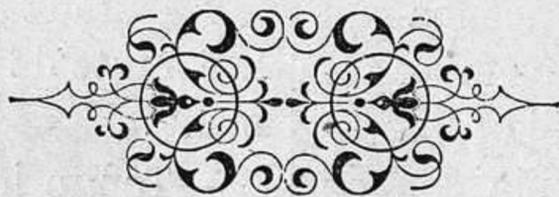
Así pues (oye atenta)

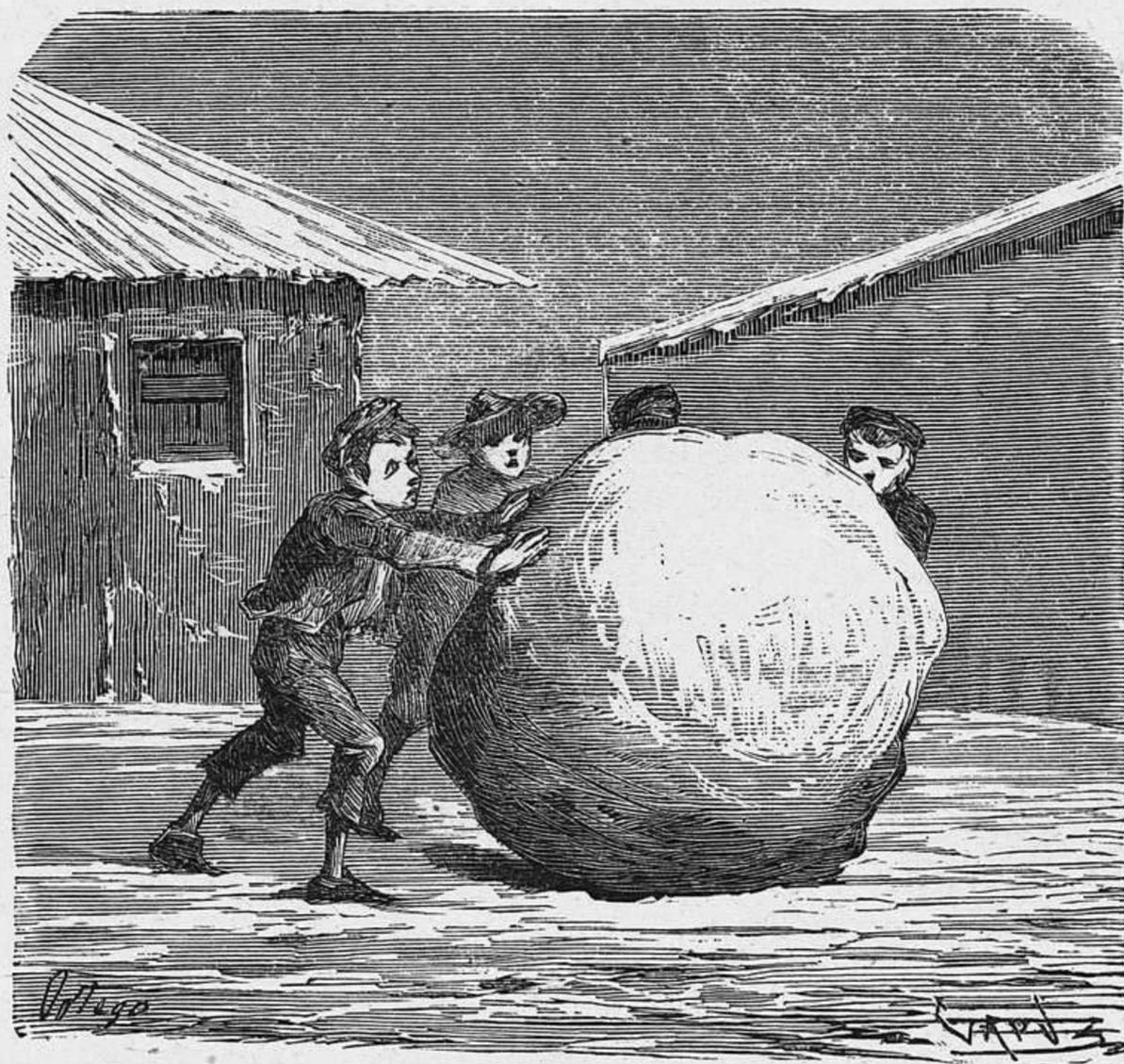
un español (1) el trance representa.

—Sobre la última roca retirada  
amante madre, al tierno infante asida,  
la planta de las ondas ya bañada,  
lo levanta á los hombros afligida.  
Del miedo y de las olas perturbada,  
en el piélago cae desvanecida;  
y aún en la ánsia letal agenizando,  
vá el hijo entre las ondas levantando.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(1) El Conde de Torrepalma en el poemita titulado *Deucalion*.





## LA BOLA DE NIEVE

(APÓLOGO)

Del nublado blanquecino  
Que entolda el azul del cielo,  
Formada en flotantes copos  
Va la nieve descendiendo.

Caen sin descanso, caen,  
Y á cada instante más densos,  
Hasta que el haz de la tierra  
Con un sudario han cubierto.

De aquella blanca llanura  
La vista, que nunca vieron,  
A toscos niños incita  
Como campo de sus juegos.

Entre sus dos palmas, uno,  
Muy poca nieve cogiendo,  
Pequeña bola moldea  
Con agilidad é ingenio.

Y al compás de la algazara  
De sus vivos compañeros,  
Préstale impulso, y principia  
Tumbos á dar por el suelo.

Por do quier que va pasando,  
Deja un surco en sus volteos,  
De la nieve de la tierra  
Qué así se le va adhiriendo.

¡Oh prodigio que á los niños  
Colma en sin par embeleso!  
Después de que en tal faena  
Pasan no largos momentos,  
La bola aumenta y se abulta  
Cual si la inflasen por dentro,  
Y ellos rodarla y rodarla,  
Y ella creciendo y creciendo.

Y adquiere tanto volúmen,  
Y tal sube ya su peso,  
Que uno no basta, y dos vienen,  
Y aun tres juntan sus esfuerzos;  
Hasta que la ven tan grande,  
Que desanimados ellos,  
Se rinden ante aquel mundo  
Que con sus manos hicieron.

¡Oh! ¿No veis en ese emblema  
Ningun elocuente ejemplo?  
Aquesa gigante bola  
Sirve al vicio de modelo.

En un goce tiene origen;  
Crece y toma enorme cuerpo;  
Hasta que postra sin fuerzas  
A los que su ser le dieron.

ANTONIO ARNAO.

EJÉRCITO ESPAÑOL



*Jimenez*

INFANTERÍA DE LÍNEA



*Jimenez*

CAZADORES



*Jimenez*

*Capuz*

INGENIEROS

## HISTORIA DE UNA VELETA Y DE UN RELÓ DE SOL



(CONTINUACION)

El viejo marino no se alejó del reló de sol despues de haber visto lo que deseaba saber; allí se estuvo divertido en mirar las cifras, las inscripciones y las fechas. Una pequeña placa de cobre clavada en la piedra, contenia estas palabras, grabadas en caractéres góticos:

VELAD, PORQUE NINGUNO DE VOSOTROS SABE CUANDO SONARÁ SU HORA.

La leyenda no era fácil de leer, á causa de que la accion del tiempo habia destruido y enmohecido el metal. En verdad, pocas personas sabian que allí hubiera semejante inscripcion; pero nuestro marino examinaba las cosas de muy cerca, de modo que nada se le escapaba. Descubrió la placa de cobre y descifró una á una las letras casi borradas.

En cuanto leyó completa la inscripcion, quedó pensativo, pero por poco tiempo; interrumpióle en sus reflexiones la voz del sepulturero que, con su pico á la espalda, volvia á su habitacion, y daba las buenas tardes á su vecino.

—Buenas tardes, señor Mateo, le dijo. El viento ha cambiado de repente ¿verdad?

—Sí, de repente, repitió el señor Mateo, á quien ufanaba mucho que le preguntasen su opinion. Y eso no anuncia nada bueno, añadió acercándose á su amigo. El viento ha cambiado á las tres, justamente á la hora de la marea, y durará hasta por la mañana. No tiene nada de favorable este viento, sobre

todo cuando empuja barcos hácia la costa.

—Puede que se equivoque Vd., señor Mateo, aunque á mí me es igual un viento que otro. Con esta vida que llevo, no tengo humor de ocuparme de los cambios del aire.

—¿Se queja Vd. de su vida?... Pues no sé qué puede Vd. desear, estando bueno, ágil, jóven y robusto.

—No me pesa ser ágil y robusto, no señor, pero no me vendria mal descansar un poco. Quisiera poder, como Vd., pasearme descuidado observando de qué lado viene el aire. Eso sí que es vivir bien, vivir sin tener que hacer más que cuando se quiere.

—Me parece que ni Vd. ni yo sabemos lo que nos conviene, respondió distraido el marino. Ya se cansaria Vd. de pasear cuando no pudiera Vd. hacer otra cosa. Ya verá Vd. cuando sea viejo cómo le parece dura suerte estar condenado á no hacer nada. Ya quisiera yo hallarme en lugar de Vd.

—Puede, pero en fin, lo que hay es que ni Vd. ni yo estamos contentos con nuestra suerte y será fácil que los dos tengamos razon.

La discusion terminó y los dos amigos se alejaron.

Una hora ó dos mas tarde; cuando el viejo marino se sentó á la mesa con sus dos hijos, para cenar, les dijo:

—Será preciso estar alerta esta noche, hijos. El viento ha cambiado á las tres con la marea y sopla sobre la costa. Hé subido á la capitanía del puerto

y hé visto al capitán; en caso necesario saldremos al mar en su barca. A menos que el viento no calme antes de la próxima marea..., y me parece que no cambiará, vamos á tener que hacer. En tal caso, hijos, hay que estar alerta.

—¿Qué era lo que yo decía? murmuró el reló de sol, mientras que los dos amigos se despedían. Todo vá mal en el mundo, puesto que nadie está satisfecho. Ya lo sabia yo. No diré que no hagamos mal en quejarnos todos, pero justamente tenemos razon para quejarnos. A lo menos, estoy seguro de que yo no me quejo sin motivo. En cuanto á mi vecina que ocupa una posicion tan elevada, no aseguraré que tenga razon para quejarse como se queja. ¡Eh! amiga, ¿me oye Vd.? ¿ha oido Vd. lo que han estado diciendo esos hombres? ¿No es verdad que su conversacion confirma mis opiniones? Todo vá mal en el mundo y nadie está en su lugar.

Un fuerte viento oeste que bramaba sobre el cementerio se llevó estas observaciones del reló y las impidió llegar hasta la Veleta.

La Veleta por su parte hacía tambien sus reflexiones.

—Pues señor, decía, siempre la misma historia! Solamente que hoy se quejan del viento Oeste y ayer del Este y mañana del Norte. Me gusta á mí por cierto la lógica de los hombres, porque, es claro, si creen que un viento es malo el viento contrario debe ser bueno. El viento que reina en este instante es el peor seguramente, pero admiro su firmeza é impetuosidad, aunque ya me empieza á cortar la respiracion. Si no mugiera tan fuerte le diria yo ahora dos palabritas á mi impertérrito vecino que está ahí abajo

tan firme como una roca en medio de la tormenta. Por supuesto que si este viento sopla un poquito mas fuerte, estoy yo muy en peligro de ir abajo. No tengo mucho amor á mi posicion actual; pero una caída es muy peligrosa, á menos que se pueda elegir el sitio donde caer. Quisiera yo saber si esos tontos que me echan tantas maldiciones se alegrarian de que yo desapareciera de aquí. Puede que lo sintieran. Tambien quisiera saber si...

Pero el viento empezó á soplar con tanta violencia que la Veleta hubo de renunciar á su soliloquio. Bastante tenia que hacer con sostenerse contra la fuerza imponente de la tempestad que rugia. Antes de media noche un terrible huracan arrasaba la tierra, y el mar mugia siniestro y pavoroso.

Enormes masas de espuma que parecia nieve estendida sobre el agua acompañaban á las olas que venian á romperse en la costa con un ruido espantoso. Esta espuma era claramente visible aun en medio de las sombras de la noche.

Pasaban las horas y la tempestad no se calmaba. El reló de la torre dió la hora, pero nadie pudo oirla. La Veleta señalaba un viento Oeste cuya direccion variaba apenas algunas líneas. El reló de sol, firme é imperturbable sobre el pedestal, y la iglesia sólidamente edificada no tenian nada que temer de la furia de los elementos.

En el pueblo el ruido de la tormenta habia despertado á muchos habitantes, y algunos, olvidando sus propios motivos de pesar, pedian fervorosamente al cielo que no llegase ningun barco hácia aquella peligrosa costa.

Y en tanto que volvian á conciliar el sueño, rodeados de sus hijuelos que

dormían descuidados, sin que les inquietase la tormenta, temblorosas manos encendían luces de bengala sobre el puente de un navío en peligro; con el alma atribulada se preguntaban los tripulantes si se vería aquella señal, si llegaría oportuno socorro para ellos.

Hubiera podido suceder durante aquella noche terrible que nadie viese aquellas luces azuladas ó que se viesen tarde, y también que la gente del pueblo permaneciera indiferente ó incapaz de socorrer á los náufragos.

Pero no fué así. No en vano la Veleta había anunciado el cambio del viento y el reló de sol había señalado la hora y el viejo marino había consultado la una y el otro.

Por la mañana, al despertar, la gente del pueblo supo que un buque, á cuyo bordo se hallaban no pocos pasajeros, amenazaba estrellarse contra las rocas. Desde las puertas de las cabinas, y desde las ventanas de las casas, se veía un espectáculo terrible; un navío sin mástiles, abandonado, al parecer á sí mismo, era arrastrado por las olas hácia las rocas situadas en frente del pueblo.

Las débiles mujeres poco habituadas á semejantes escenas, sentían su flaqueza y caían de rodillas pidiendo á la Santísima Virgen que protegiese á los náufragos. Entre los espectadores había hombres que, en otro tiempo habían dado pruebas de valor y de vigor, pero los años les habían vuelto tan débiles como niños. Su corazón se oprimía y apartaban la vista de aquel triste espectáculo, entristecidos por no poder intentar el menor esfuerzo para evitar una desgracia tan grande. Y también

había entre la multitud no pocos jóvenes que no cesaban de preguntar con el mayor interés, por qué no iba nadie á socorrer á aquella pobre gente, cuyo navío iba á hacerse mil pedazos en su choque contra las rocas.

—Muchachos, exclamó un viejo marino, llamado Jonás, que veía la inminente catástrofe con su catalejo, y que no parecía experimentar la menor emoción, ¿á vuestra edad haceis semejantes preguntas? ¿Quién se atrevería á luchar con una tormenta como esta?... Solo se conseguiría que pereciese más gente. No hay remedio para el barco.

—¡Calla, profeta de desgracias! gritó una mujer abriéndose paso por entre la gente.—Aquí hay una mujer que se ha puesto mala; ¡eh! vosotros, socorredla.—Y tú, viejo poltron, sabe que aún no se ha perdido todo, aun hay esperanza. Mi marido ha bajado á la playa dos horas antes de que amaneciera.

—¿Con cajas de muerto, sin duda?... gritó una voz burlona.

La que acababa de increpar al viejo marino era la mujer del sepulturero; pero el chiste que le dijo uno de los del pueblo fué muy mal recibido por todos, y el culpable juzgó prudente largarse de aquel sitio, mientras la buena mujer ayudaba á sostener á la que se había desmayado.

El tiempo corría. Por lo que se podía juzgar desde la playa, la posición del desgraciado navío no parecía mejorar ni empeorar. Aún se hallaba muy lejos de la costa y no se podía distinguir claramente su maniobra ni las personas que había á su bordo.

*(Se concluirá.)*

## JUNTO Á LA CUNA



(ROMANCE.)

### I.

En la cuna duerme el niño,  
Y sueña, mientras que duerme,  
Las cosas con que en la infancia  
Sueñan los ángeles siempre.  
Vela su inocencia el cielo;  
Y así, velándole, envuelve  
Su boca en mar de sonrisas,  
Y en mar de lucés su frente.  
Sobre ésta invisible un ángel  
Sus alas ligeras cierne  
Y arrulla el plácido sueño  
Con sus cantares celestes.  
El ángel bueno es sin duda;  
Pues cuando canta, se advierte  
Que el niño, que hablar no sabe,  
Los trémulos lábios mueve.

### II.

Velad, madres amorosas,  
En torno á la cuna siempre;  
Velad con el ángel bueno  
En tanto que el niño duerme.  
Que hay tambien un ángel malo  
Que junto á la cuna á veces,  
Celando el menor descuido,  
Plega las alas de muerte.  
Y ¡ay! ¡qué de cosas le dice!  
Ninguno aquí las entiende;  
Pero el niño, al escucharlas  
El tranquilo sueño pierde.  
Y entré gritos y sollozos,  
Porque aun lágrimas no tiene,  
Pide ayuda al ángel bueno.  
Que del malo le defiende.

### III.

Celando el menor descuido  
Está en vigilia perenne  
Del niño junto á la cuna  
Un espíritu de muerte.  
Aquel echo de esperanza  
Fuego de amor le mantiene,  
Y es de la madre anhelosa  
Gloria, ilusion y deleite.  
Por eso cuando la madre  
Vela amante al niño endeble,  
Un ángel bueno sus alas  
Desplega sobre sus sienas.  
Mas cuando aléjase esquiva,  
Y abandona al inocente,  
Viene osado el ángel malo,  
Y el bueno al cielo se vuelve.

### IV.

Amargas cosas murmura  
Con intenciones alevés,  
El ángel malo al oído  
Del infante aislado y débil.  
—«Dós caminos esta vida  
Al mundano goce ofrece:  
Uno está de espinas lleno,  
Cubre el otro blando césped.  
Pero al mortal, ¡qué le importa  
Sean breñales, sean vergeles?  
¡Decretáronse *ab initio*  
Los arcanos de su suerte!  
¡Ser feliz! ¡Vana quimera  
Que en su curso nos impele,  
Sea la vida de dolores,  
Sea la vida de placeres!

### V.

No llorad, hermosos niños,  
El ángel del mal os miente:  
A todos cobija el cielo  
En mayo como en diciembre.  
Oid lo que el ángel bueno  
Con rostro expansivo, alegre,  
Os dice cuando en la cuna  
Bondadoso os adormece:  
—«Todo torna en esta vida;  
Tras la flor llegan las nieves;  
Y del placer y del llanto  
Está en nosotros el germen.  
Que, aunque á su antojo el destino,  
Dichas ó infortunios siembre,  
La voluntad es dei alma,  
La voluntad es el eje.»

### VI.

¡Ay! madres, velad la cuna  
Donde vuestros hijos duermen,  
Que están en lucha dos ángeles  
En torno á la cuna siempre.  
Cuando la madre está al lado  
Y entona cántico ó preces,  
La acompaña el ángel bueno,  
No hay miedo que el malo llegue.  
Mas si se aleja, enojado  
El bueno al cielo se vuelve,  
Y el malo desde el infierno  
A asustar al niño viene.  
¡Nadie sabe lo que dice!  
Mas en el niño inocente  
O huela el alma la duda,  
O huela el cuerpo la muerte.

JUAN P. DE GUZMAN.

## MAL HIJO

¡Qué terrible frase! ¡Qué vergonzosa calificación!

Cuando me dicen de alguno que ha sido *mal hijo*, no puedo prescindir de mirarle con repugnancia á la vez que con lástima.

El que es mal hijo puede ser ya todo lo malo; puede ser hasta mal padre.

Un hijo que no tiene respeto á sus padres, que no aprecia su amor, que no reconoce ni agradece los trabajos que por él han pasado, los cuidados que con él han tenido, las amarguras y desvelos que por él han sufrido, es un monstruo de maldad, á quien superan en sentimiento y abnegación las fieras más temibles.

El que es mal hijo es un gran peligro para la sociedad, porque no puede ser hombre de bien; y debiera llevar una señal por la que se le conociera, para que las gentes honradas se apartasen de él; porque si tiene amigos los venderá, ó si tiene mujer le será infiel é ingrato, y si tiene hijos... ¡ah! si tiene hijos, puede que en ellos encuentre el castigo, puede que ellos, siendo malos hijos, como él lo fué, le hagan conocer la fealdad de su crimen, porque es el mayor de los crímenes ser mal hijo.

El mal hijo no vé los afanes que cuesta á sus padres su educación, no le conmueven los sacrificios que hacen para que nada le falte, no advierte que mientras él no carece de nada, acaso sus padres se privan de lo más necesario, no se ablanda su corazón al ver las lágrimas de la madre y la sombría tristeza del padre, que serian felices si no tuvieran un mal hijo, no admira la inagotable clemencia con que le per-

donan, el vehemente deseo que tienen de su bien, la esperanza que no pierden nunca de que se corrija y entre en el buen camino, no comprende, en fin, ese acendrado cariño, esa sublime abnegación, ese constante sacrificio, ese amor infinito que él, miserable é ingrato, no merece, y que sus padres le consagran un día y otro y siempre.

En la casa donde hay un mal hijo, hay siempre pesar y tristeza.

Aunque sus padres tengan fortuna, poder, todo lo que puede halagar en el mundo, no sienten satisfecho su corazón, no pueden vivir en paz, no asoma jamás á sus labios la sonrisa, y de buen grado cambiarían todos sus honores, todas sus riquezas, por la suprema felicidad de tener un buen hijo.

En cambio, en el hogar donde hay un buen hijo, los pesares son llevaderos, la pobreza no ahoga ni desespera, la misma miseria se sufre con tranquilidad y resignación, y siempre brilla la luz de la esperanza, de la esperanza en el buen hijo. Su padre, miserable y todo, no cambiaría el supremo bien que Dios le ha concedido por todos los honores y todas las riquezas y vanidades del mundo.

Tener un mal hijo es un martirio con el que ninguno puede igualarse, porque no solo se sufre por el presente, sino que se sufre por el porvenir. Los pobres padres se imaginan completa la vida del mal hijo, adivinan todo lo que puede hacer, tiemblan al pensar que será su hijo acaso un hombre despreciable y de todo el mundo despreciado, y este tormento acibara todos sus momentos y llena de amargura toda su vida.

Hay una frase que nunca la oigo sin espanto. Es esta:

—Ese hijo está quitando la vida á sus padres.

¡Y cuán exacta es la frase! porque en efecto, un mal hijo quita la vida á sus padres; aunque la ley no le castigue, es tan criminal como si les clavára un puñal en el corazón.

¡Triste suerte la de aquellos padres que un día y otro, un año y otro año esperan un rasgo generoso de su hijo, un movimiento de amor, una frase de arrepentimiento, y mueren al fin, sin haber logrado ese deseo, esa santa aspiración! ¡Ah! y no mueren maldiciendo al hijo ingrato que les acertó los días de su existencia; mueren perdonándole y pidiendo á Dios para él todas las felicidades, y sobre todo la de que tenga hijos buenos.

Muchas veces son desgraciadamente los padres los que tienen la culpa de que sus hijos sean malos hijos, y luego sufren el castigo de su imprevisión.

Es preciso que un niño sea de índole muy perversa, de aviesa y rebelde na-

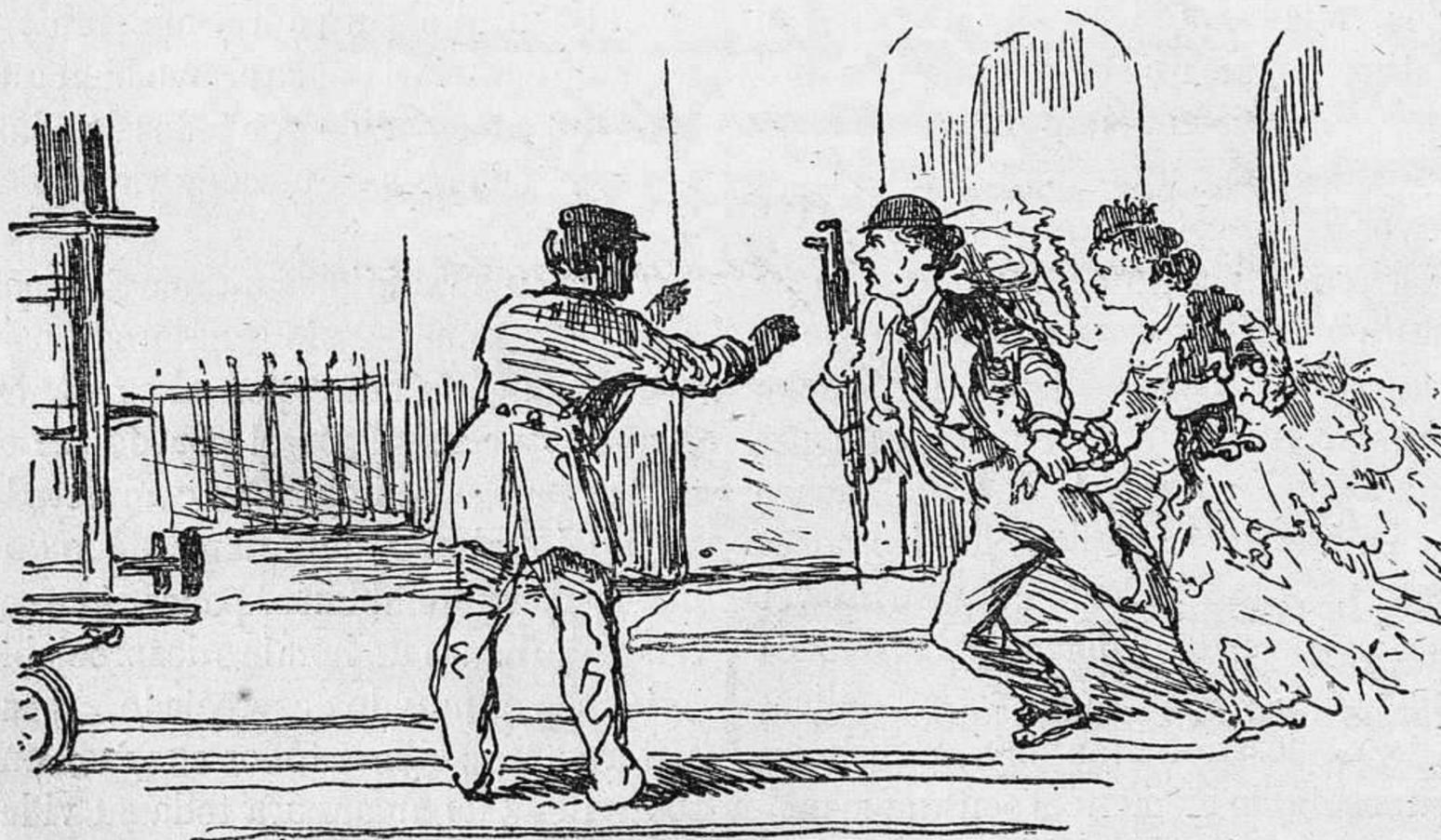
turalidad para que, bien dirigido, no se amolde al carácter y sentimientos que sus padres le den educándole. Generalmente, las faltas todas provienen de una mala educación, de un mal entendido amor, de una debilidad impropia de un padre celoso del porvenir de sus hijos.

Desde los primeros años es preciso dirigir al niño, y dirigirle bien. Si no se le dirige, si se le abandona á su instinto, si se confía en que los defectillos que manifiesta se corregirán mas tarde, entonces suele suceder que mas tarde es ya demasiado tarde.

Niños, ser mal hijo es una gran vergüenza, es un gran crimen.

Obedeced en todo á vuestros padres, y tened entendido que vuestra primera obligación, despues del amor que debéis á Dios, es amar á vuestros padres hasta morir por ellos, si fuere preciso, y que el que no es buen hijo, el que no ha servido de alegría y consuelo á sus padres, no merece tener buenos hijos.

C. FRONTAURA



## AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

Una de dos supone la osadía,  
 La ausencia del pudor ó la del miedo:  
 En éste, se acrisola la hidalguía.  
 De un Gonzalo de Córdoba, un Toledo;  
 En aquél, cielo y tierra desafía  
 Rufian cuya virtud no vale un bledo,  
 Mas fuerza es que en audacia á todos venza  
 El que no tiene miedo ni vergüenza.

Otro, no yo, registre, inquiere, indague  
 Las faltas de las listas y las obras,  
 Y si es justo que vote el que no pague,  
 Y si hay escamoteos y maniobras,  
 Y si, en vez de que á un muerto se sufrague  
 Con lo que su alma pide entre zorobras,  
 Vienen á dar, dejando sus asuntos,  
 Sufragios á los vivos los difuntos

Para un viejo, almacén de desengaños,  
 Si en la esfera no está de los prudentes,  
 Son los amigos lo que son los dientes.  
 Se quiebran y se pudren con los años.

Manuel Breton  
 de los Herreros.

En la magnífica serie de páginas autógrafas de nuestras eminencias literarias ó políticas, que publicamos en LOS NIÑOS, no podía faltar una del príncipe de nuestros poetas dramáti-

cos, del Sr. D. Manuel Breton de los Herreros. Esta página es un fragmento de una de las obras del esclarecido ingenio, que tan grande y merecida popularidad ha logrado en España.



Maria y Luisa son muy buenas madrecitas; tienen dos hijas, es decir dos muñecas, y están muy afanadas lavándolas la ropa con objeto de que estén decentitas, y no se diga que ellas son madres descuidadas.

Lo malo vá á ser que Mariquita se vá á caer en el agua, y se vá lavar la suya á la vez que la ropa de las muñecas.

Las obras de Breton de los Herreros vivirán eternamente en el teatro español.

Ha cultivado el gran poeta todos los géneros, pero en el que más ha sobresalido, en el que no tiene rival, es en el cómico y festivo. *Marcela ó ¿á cuál de los tres? El cuarto de hora, El ¿qué dirán? y el ¿qué se me dá á mi? Mi secretario y yo, Por poderes, ¿Quién es ella? A Madrid me vuelvo, Muérete y verás,* y otras infinitas obras, que sería prolijo citar, serán siempre aplaudidas y oídas con admiración. Todas sus obras dramáticas, todas sus composiciones, entre ellas las mejores letrillas que se han escrito, todos sus artículos

sueltos deben merecer la atención de la juventud, y estudiando en tan rico y copioso caudal, encontrará mucha enseñanza y mucho deleite.

D. Manuel Breton de los Herreros es anciano y no goza de muy buena salud. Ha trabajado mucho, ha dado mucha gloria á su país y ha sido siempre un hombre modelo de honradez y de bondad. Niños, rogad á Dios nos deje entre nosotros el más tiempo posible esa gloria venerable de nuestra literatura.

El Sr. Breton de los Herreros es hace mucho tiempo académico de número de la Española, y su dignísimo secretario perpétuo.